no estaré mejor sin vella?
Mar- Eso dices? Juan- Si es mujer,
que el alma puede inquietarme,
yo quiero sin ver quedarme,
por no perderme por ver.
Si viese un hombre venir
un leon, no es mas cordura
darle la espalda segura,
que no quererle seguir?
Cuando hai un toro furioso
i sin resistencia humana,
no es mejor una ventana,
que espada i capa en el coso?
Cuando un juez está airado,
no es mejor estar seguro
por el estranjero muro,
o por el propio sagrado?
Cuando hai un pleito, que en él
se pueden dos contentar,
no es mejor, que no aguardar
una sentencia cruel?
Pues así en esta ocasion
me libré con no la ver.
de hallar en esta mujer
toro, juez, pleito y leon- (Vanse)

S. Gar. con Clar- Pintarte su condicion,
hermosa Clara, seria
la luna, el mar, la porfia,
la mudanza i la traicion.
Luna en crecer i menguar,
mar, en bonanza i tormenta,
porfia en que lo que intenta
se ha de hacer i ejecutar:
la mudanza, en que parece
tornasol, i la traicion,
en que mostrando aficion,
al mismo tiempo aborrece.
Esta es Celia, i yo soi quien
amó la luna i el mar:
el mudarse, el porfiar,
i aun la traicion quiero bien:
que con todos los defectos,
que ves, son sus gracias tales,
que nacieron celestiales
para examinar discretos.
Amar un hombre en virtud
de amarle, es lei de varon;
i discreta perdicion
amar con ingratitud.
Yo no entiendo estos secretos:
mas dicen los entendidos,
que es amar aborrecidos
razon de estado en discretos.
Clar- De manera, D. Garcia,
que en lei de la discrecion
querer à quien sin razon
aborreciendo porfia,
debe de ser por fineza:
porque querido querer
pienso que debe de ser
la lei de naturaleza.
que querer donde el rigor
estiende sus asperezas,
mas parecen que finezas
bachillerias de amor.
Pero pues habeis venido
à que os ayude à vencer
el desden de esta mujer
i el agravio de su olvido,
mirad que habeis de dejar
de ser discreto tambien:
pues amareis sin desden,
i con desden se ha de amar.
Gar- No agravia la discrecion,
Clara, hacer las dilijencias:
que conquistas, resistencias
efetos discretos son.
Al que cercase un lugar
no seria valentia
sufrir de noche i de dia
defensas sin pelear?
Por eso advierte mi intento
en lo que has de hacer por mi.
Clar- Ya lo estoi. Gar- Pues oye. Clar- Di.
Gar- Amor es conocimiento
de las partes de quien ama;
por donde se viene à amar
las que le suelen llegar
por terceros a una dama
mejor que por propia vista:
que la buena informacion
califica la opinion,
facilita la conquista.
Tu, pues, no como tercera,
que tienes mui poca edad
para vender voluntad,
sino en razon de primera,
has de finjir que celosa
a Celia vas à rogar
que no me permita entrar
en su casa, porque es cosa
que suele al mayor desden
tocar al arma en el alma
i al sueño de mayor calma
despertar à querer bien.
Añadirás à estos celos
las partes, que no hai en mi,
con que envidiosa de ti
abrirá puerta à desvelos:
que celos i privacion,
i el ver que me adoras, Clara,
i que tu talle i tu cara,
calidad i discrecion
desprecio por su desden,
hará por dicha en su fria
condicion mas bateria,
que haberla querido bien.
Clar- Que arbitrista, de que hai tantos
en esta edad, como amor!
Brava industria! Gar- La mejor,
aunque se cometieron cuantos
remedios se han inventado
contra desdenes. Clar- Quisiera
decirte, si me atreviera,
una cosa que he pensado.
Gar- Cuando sea contra mi,
te doi licencia. Clar- Mirando
tus prendas i reparando
que Celia te trate así,
sospecho que me has callado
que à otro debe de querer.
Gar- Querer? como puede ser,
donde es Argos mi cuidado?
que las alas del pavon
no se igualan à mis celos,
ni las luces de los cielos
como mis cuidados son.
Si un hombre un atomo fuera
i en sus aposentos, Clara,
cubierto del sol entrara,
pienso que mi amor le viera.
Clar- Calla, que sabemos mucho
las mujeres. Gar- Lo confieso:
mas mis celos son esceso.
Clar- Tu seguridad escucho
en fe de su condicion:
yo voi con una criada
a finjirme enamorada
de tu talle i discrecion:
pido celos, finjo pena
que nunca tuve por ti.
Gar- Pues escoje desde aquí,
Clara, vestido ó cadena.
Clar- Cadena es mejor, Garcia,
que el oro crece el valor:
porque el vestido mejor
vale menos cada dia.
Gar- Agora si que pareces
tercera contra el decoro
de la edad, que amas el oro
i las galas aborreces.
Clar- Garcia, por interes
tomo, si à escojer me dan,
galas del que es mi galan
i oro del que no lo es. (Vase)

S. Jn. con Cel- Peregrina novedad,
habiendo tu despreciado
à tantos que te han mirado.
Cel- Yo naci sin voluntad,
potencia que me faltó.
Jn- Por ella (que aun lo siento)
dos partes de entendimiento
naturaleza te dió.
Mas no naciste sin ella
pues la tienes à D. Juan:

que estas ansias que te daño
por sus partes, nacen de ellas.
Cel- No Ynés, ysi no ta [illegible]
que en ecabanos de vidas
la crió para que fuese
naturaleza a[illegible]
Yn- Estaba por dudar [illegible]
a tu antigua libertad.
Cel- Ya que ves que hai voluntad,
no hayas miedo tú que haya
mas peligro para mí.
Yn- Luego no será este hombre?
Cel- Yo no sé mas de su nombre,
i que esto dichoso fué:
porque si supiera mas,
mayor daño me viniera.
Yn- Que daño? Cel- Que le quisiera,
i no he de querer jamas.
Yn- Y si te le busco yo?
Cel- No quiero por D. Garcia
ver mi opinion algun dia
en lo que jamas se vió:
que está loco, i con los celos
será mayor su locura;
yo he tenido, i es cordura,
a mas piedad de los cielos,
no saber quien es D. Juan;
que este amor fué un accidente.
Yn- Gran ruido! Cel- Estraña jente!
Yn- Tras un caballero van.

Salen Lorenzo, Prandelio, Leandro, Juan.

Juan- Nunca el valor se acobarda,
puesto que ejércitos fueran.
Lean- Muera el villano. Juan- Mentis.
Pran- Con espadas no hai afrenta.
Lean- A buen sagrado se acoje.
Pran- A la casa lo agradezca
donde se ha entrado. (Van) - Yn- Ai señora!
Cel- No huyas, Ynes, no temas.
Yn- No ves que te ha entrado en casa
un hombre de la pendencia?
Cel- Tengo el ánimo gallardo:
no hai cosa que me parezca
mas bien, que un hombre riñendo,
si tiene brio i destreza:
vuesamerced, se sosiegue.
Juan- Tendré, señora, vergüenza
de haberme aquí retirado.
Cel- Hombre, que tan bien pelea,
defendiéndose de tantos,
no quiero yo que la tenga.
Jesus! no es este D. Juan?
Yn- El mismo para que veas
que no hai prevencion humana
para huir de las estrellas.
S. Mar- Aquí pienso que se entró.
Juan- Eres tú? Mar- Que es esto? fueras
donde están estos gallinas?
matare - Juan- Detente, bestia.
Mar- Todo el mundo no es bastante.
Juan- Ya como Santelmo llegas:
adonde estabas? Mar- Jugando
en el zaguan de Florela
el barato que me diste:
oí que cuarenta aceros
le daban como á tu espada,
i salí como si fuera
un novillo de Jarama.
Juan- Espera. Martin, no es esta
la dama que vimos hoi?
Mar- Que en el talle lo parezca
no es mucho, que es estremado:
que dicha tendré si es ella!
Cel- En habiendo ese valiente,
digo, valiente por señas,
acabado su papel,
aunque es gustosa materia,
diré yo tambien el mio
si vuesamerced se sienta:
una silla, Ynes. Juan- Señora,
tanta merced? Cel- Diome pena
el veros venir con tantos;
si bien fué vuestra defensa
con tan bizarro valor:
estais herido? Juan- Pudiera:
solo un rasguño en un dedo
me ha dejado la pendencia;
desagravio de un mentir,
pues habiendo sangre, cesa.
Cel- Sentaos, que le quiero ver.
Juan- No es nada. Cel- Aunque menos sea,
ataros quiero un liston.
Juan- Será del amor la venda.
Cel- Quereis agua? Juan- Para que?
Cel- La sangre alterada templa.
Juan- Yo no he caido. Cel- Es verdad,
i que no esquiváis me pesa
en quien descartáis hoi ver
hoi con tantas dilijencias.
Juan- El alma me lo habia dicho:
mirad si soi cosa vuestra,
que en el peligro que estuve,
me vine á mi propia esfera.
Cel- Bien os habeis disculpado.
Mar- Y ella, señora doncella,
no me pone algun liston?
Yn- Pues hallóse en la pendencia?
Mar- Pues si no fuera por mi,
mi amo ya no estuviera
en Santa Cruz en las andas,
adonde quien fuere sea,
en tanto que se averigua
le ponen á la verguenza.
Yn- Y está herido? Mar- Pese á tal;
traigo las tripas de fuera.
Yn- Pues como pide liston?
Juan- No es justo pedir licencia,
señora, para serviros?
Cel- De la costería vuestra
no quiero mostrar disgusto,
si el cielo quiere que os quiera:
pues no sabiendo de vos,
huyendo de vuestra ofensa,
como garza, que adivina
de los alcones que vuelan
el que la puede matar,
que vengais á verme ordena
dentro de mi propia casa;
i será cosa tan nueva,
que habeis de vengar á algunos,
que son fines de estas rejas.
Celia es mi nombre, en Madrid
es notoria mi nobleza:
mi dote soi yo no mas,
porque soi mas que mi hacienda.
Con esto i guardar la casa
á mi opinion, será cierta
mi voluntad en serviros.
Juan- La relacion es tan buena,
que se acobarda la mia:
yo me llamo D. Juan Guevara,
soi señor en la montaña
de esta casa, que pudiera
honrar títulos i grandes:
sacaronme de mi tierra
pretensiones en la corte:
porque viendo que se premian
méritos en esta edad,
he querido que lo sean
servicios de mis pasados,
de que mostraros pudiera
hazañas que honran sus armas,
que no hai blasones sin ellas.
Seré vuestro, vive Dios,
conociendo la escelencia
de vuestras partes, i viendo
que no me vale el no verlas:
pues si así puedo decirlo,
con inversion mis estrellas
me han traido á vuestra casa,
i adonde por fuerza os vea.
Cel- Guevara sois? que maravilla
que vuestro talle me hiciera
guerra en el alma. ahora bien,
lo que los cielos conciertan,
vanamente lo desvian
consejos i dilijencias.
Mar- Digame vuesamerced,
pues nuestros amos se enredan,
v- vm. con dar- Buena [illegible]

las partes de su persona.
Yn- Ynes soi. Mar- Ynes à secas?
In- No basta, Ynes? Mar- Para propia
basta i sobra: pero sepa
que está el mundo en tan estado,
que la mas pobre doncella
ha menester tantas galas,
como si nacido hubiera
heredera de una casa:
crespo de tal? no pudieran,
como quitaron las calzas,
quitar manteos de tela?
En tiempo del rei segundo,
aunq. las cosas se aumentaran,
hubo manteos de burato,
i medias de cariseа.
Como ha de casarse un hombre,
si una mujer trae acuestas
todo el dote en una tarde?
In- Quiere que se diga que esta
es la edad mas acertada?
Mar- Como? In- Una mujer no llega
á la mitad de la edad
de un hombre; pues si se cuenta
por la mitad que ellos viven,
no será justo que tenga
lo poco que dura hermosa
galas con que lo parezca?
Un hombre, aunque esté mas viejo,
se viste como si fuera
mozo: pero una mujer,
que se pone en siendo vieja?
Sin esto el darles manteos,
no pienses tu que es por ellas:
mas por honrar el lugar,
donde la naturaleza
les dió el ser que tienen de hombres;
que sino, no le tuvieran.
Mar- En mi vida pensé oir
cosa tan aguda i nueva:
i agora caigo en la causa
porque dorado con mil ruedas
los lazos de las quitaron.
In- Como? Mar- Porque se gobiernan
las voces por donde el aire
sonoro en el centro suena:
yo, Ynes, me llamo Martin,
hijo de una honrada dueña,
que andando sobre mi nombre
en demandas i respuestas,
desde una jaula, que estaba
acaso sobre una mesa,
respondió un tordo; Martin.
In- Bien dijo, para que sea
como de tordo el Martin
pronosticos de tal lengua.
S. Lic- De dos sillas de este tiempo
en que van á la jineta
las damas, que con los coches
divorcio hicieron por ellas,
sino me engaña la traza,
ama i criada se apean,
i preguntando por ti,
piden para entrar licencia.
Cel- Ya que fuiste necio, di
que entren. Juan- Y yo con la vuestra
me voi. Cel- Con cuidado quedo.
Juan- Bien podeis: pues que se queda
todo cuanto soi con vos.
Mar- Advierte, Ynes, que me tengas
por lo que soi. In- Y tu á mi
por mas bellaca que necia. (V. J y M)
S. Clar. con Jul- Debo de haber estorbado
tan buena conversacion.
Cel- Las que yo tengo no son
de gusto ni de cuidado,
si bien tal vez visitada
de estos deudos caballeros.
Clar- Deseaba conoceros.
Cel- Eso me direis sentada.
Clar- Desde una pascua, que os vi
en la Merced, os cobré
grande aficion. Cel- Yo os hablé,
me acuerdo. Clar- Puesto que os di
palabra de visitaros,
las que te suelen llegar
mudar casa no me dió
lugar. Cel- Recibiera yo
merced de veros i hablaros.
Que bien tocada venis!
Clar- Antes vengo descuidada.
Cel- Asi el descuido me agrada.
Clar- Vos lo vereis, si me ois:
que mas que caballos veis,
me traen celos de vos.
Cel- De mi? Clar- Si. Cel- Valgame Dios!
celos i de mi teneis?
Clar- Pues de quien con mas razon?
Cel- Sabeis mi nombre? Clar- Mis celos,
Celia, nacen de esos cielos,
que celos i cielos son.
Cel- Son requiebros ó son celos?
Clar- Celos i requiebros son:
que ese talle i discrecion
hurtaron celos i cielos.
Cel- Si os ha querido picar
algun galan mentecato,
de estos, que andan retrato
que no se puede mudar,
no sé como me busco;
que suelo ser recatada.
Clar- No habeis de escuchar, cansada.
Cel- Sentada os escucho yo.
Clar- D. Garcia, que yo creo
que no negareis el nombre,
caballero gentilhombre,
puso en mi talle el deseo:
mirad cuan poco rodeo
lo que ha tenido á deciros:
papeles, noches, suspiros
rindieron mi condicion:
porque ya sabeis que son
de nuestra flaqueza, tiros.
Su gala, su bizarria,
su discrecion, su donaire,
aquel despejo, aquel aire,
gracia, lustre i valentia,
bien serán disculpa mia:
que no se yo que mujer
se pudiera defender
de un hombre de tantas partes,
sobre las industrias i artes
con que nos hacen perder.
Finalmente yo contento,
como mozo de esta edad,
de una sola voluntad,
ó porque su pensamiento
no aspiraba al casamiento,
ó la mas cierta razon,
el faltar la estimacion
si llega á trato el empleo,
que se desmaya el deseo
en viendo la posesion;
comienza á mostrar disgusto
i el gusto en desden resuelve:
que cuando la espalda vuelve,
cobarde batalla el gusto:
mas viendo que no era justo
dejarme tan obligado,
de tal manera á mi lado
las noches amanecia,
que amor verguenza tenia
de verse á su lado helado.
Con esto quise saber
la causa: que claro estaba
que hombre á quien mujer helaba,
abrasaba otra mujer:
no fué dificil de ver:
pues yo propia entrar le vi
en vuestra casa; que fui
la misma que le siguió:
porque no fiara yo
mi mal menos que de mi.
A quien de tal discrecion
dotó el cielo, Celia mia,
basta decir que Garcia
me tiene esta obligacion:
que entre no será razon
en vuestra casa, i conviene
á vuestro honor: porque tiene
gracias que os han de engañar:
que del mucho confiar
la mucha desonra viene

2 Cel – Yo os he escuchado, i quisiera
que me escuchasedes vos.
Yn – No podreis hablar las dos,
dejadlo para otro dia
que viene aqui D. Garcia.
Cel – Allí os podrán retirar,
que no os puede asegurar
mejor que hablando con él.
Clar – Vengadme de este cruel. (Entrase)
S. Gar – Puedo entrar? Cel – Podeis entrar.
Gar – Dos sillas he visto aquí,
venis de fuera ó vais fuera?
Cel – Paso, el tiempo que pudiera
darte relacion de mí:
la que agora os puedo dar
es que no pongais los pies
en esta casa. Gar – Despues
que en ella merezco entrar,
no sé que diese ocasion
que así incitase vuestras iras,
sino es que algunas mentiras
me han puesto en mala opinion.
Cel – Aquí no hai que replicar,
D. Garcia: estad seguro,
que el honor que yo procuro
no me le hallaréis de quitar:
i á tanta resolucion
el irse es la respuesta.
Gar – Bien clara se manifiesta
la siniestra informacion.
Yo me iré, no solamente
de vuestra cara, señora;
que os prometo desde agora
no volver eternamente
á Madrid, donde nací.
Cel – Agora un mozo galan
allá en Flandes ó Milan
está mejor. Gar – Es ansí,
que tambien yo tengo honor,
i nadie por singular
que sea me ha de ganar
con tan aspero rigor.
Una bala de un frances
tendré por menos agravios,
que escuchar de vuestros labios;
no pongais aquí los pies.
Manda, Celia, que me den
esos papeles, no sea
mi desdicha que los vea
alguno que os quiera bien,
i se burle venturoso
de un hombre tan desdichado.
Cel – De aquel contador dorado
saca, Ines, con un celoso
liston atados en él
de este galan los papeles.
Gar – A desdenes tan crueles,
Celia, paciencia cruel:
que solo me ha de vengar
Milan de vos i de mí.
Cel – Que humildad! Yn – Ya están aquí.
Cel – Pues bien se los puedes dar:
esa carga de mentiras
lleve por fieltros á Milan
vuesamerced. Gar – Aun no están
satisfechas tantas iras:
que es de un retrato, que os di?
Cel – Ese naipe en medio está:
baraja i luego valdrá,
i dale á Clara por mí.
Gar – Ya con Clara se declara
la causa: mas no será
de Clara, pues roto está.
Cel – Qué os ha hecho vuestra cara,
que la habeis tratado ansí?
Gar – Aunque ya no me aprovecha,
desmiento vuestra sospecha
para que se quede aquí. (Vase)
Cel – No quedará, porque yo
sabré arrojarla en la calle.
S. Clar – Quien así supo tratalle,
mayores celos me dió:
no me dierades á mí
los pedazos? Cel – Para qué?
Clar – Enfadada estais. Cel – No sé (V.)
Clar – Perdonad, si os ofendí.
Jul – Oye, hidalga. Yn – Que me quiere?

Jul – Lo que es Martinvos entresacá.
Yn – Tambien ella? Jul – Bueno está,
ó su San Martino esperes.
Yn – Hai papeles ó retrato
que me pida á imitacion
de su ama? (V.) – Jul – Es tentacion,
que si el cabello arrebato,
no le ha de quedar. – Clar – No mas:
no miras que estoi aquí?
Que bien los celos fingí!
Jul – Buena cabeza tendrás,
si Celia no se divierte.
Clar – Celos son como sangrias
que en ocasiones i dias
ó dan la vida ó la muerte. (Vanse)
S. Juan con Mar – No he sabido defenderme.
Mar – Donde la ocasion es tanta,
que valor tuviera fuerzas;
que entendimiento bastara?
Fuera de eso, allí te trujo
la fortuna, que se encarga
tal vez de ayudar a amor
i su tercera se llama.
Juan – Yo me he de perder por Celia.
Mar – Perdido te imaginaba,
porque no hai despues de verla
sagrado para las almas.
Juan – Que es eso que miras? – Mar – Miro
lo que unos hombres se hallan
i lo que otros pierden. Juan – Como?
Mar – A la puerta de tu dama
he hallado una rica joya.
Juan – Joya? Mar – Una sota de espadas.
Juan – Nunca faltan donde hai sotas.
Mar – Media es no mas: cual estaba
de desgraciado i perdido
el que te rompió, borracha!
Vive Dios, que era retrato,
i está aquí la media cara:
no estaba seguro el dueño
con la sota á las espaldas.
Juan – Muestra: retrato rompido
i á esta puerta? Mar – Si eres causa,
por haber entrado aquí?
Juan – Que riñeron cosa es clara,
i que Celia le rompió
i [illegible] por las ventanas.
Mar – Antes es ventura tuya,
si con alguno baraja,
que pues el rompe los naipes,
ya perdió lo que tu ganas.
Juan – Celos me ha dado. Mar – De que?
Juan – De que? si entero le hallara,
presto nos dijera el dueño.
Mar – Esta media parte basta.
Juan – Pues podrase conocer?
Mar – Si por las calles que andas
le cotejas con los hombres,
vendrás á hallarle sin falta.
Juan – Eso es tardar muchos dias,
i los celos nunca aguardan.
Mar – Un remedio. Juan – Como? Mar – Escucha:
de Celia es cosa mui clara
que si hai galan, será mozo
de estos – – no digamos nada,
que el uso tiene disculpa.
Estos, D. Juan, nunca faltan
á la comedia, si es nueva:
hoi estrenan una brava,
en que la Carpinteria
suple conceptos i trazas:
pongamonos á la puerta,
pues ya es hora de que salgan:
que aquí hai un ojo, i la media
frente con guedeja larga
i no poco de bigote.
Juan – Si te parece que basta,
toma esa esquina, i coteja.
S. Jul. con Gar – Buena comedia. Gar – Estremada.

las partes de su persona.

Jul- Por cierto que es mucho hallar,
después de haber hecho tantos,
trazas i conceptos nuevos.

Juan- Es alguno de estos? Mar- Calla;
que voi borqueando el rostro.

Juan- Aquí salen dos tapadas.

Mar- No será ninguna de ellas.

Juan- Como, sino tienen barbas?

S. Dos Dam- 1.ª O que graciosos entremeses!
2.ª Que bien Amarilis habla!
1.ª Que bien que se toca i viste! (Vanse)

S. Per. con Al- No he visto cosa mas rara,
que las decimas que dijo
con tales afectos Arias.

Al- Laurel mereció Lintor,
por el donaire i la gracia
con que dijo aquel soneto. (Van)

Juan- Ninguno de estos te iguala.

Mar- Ya los miro, i como tiene
este naipe media cara,
no le hallo la otra media.

Juan- Ah Martin! de que te espantas?
si como entera la buscas,
buscaras, Martin, dos caras,
yo sé que le parecieran
muchos que con ellas andan:
de media no hai que buscar.

Mar- Aquí un gentilhombre para,
que viene á ver como salen
del jaulon las bellas damas,
i vive Dios que es el mismo.

Juan- Muerto: al vivo le retrata:
los celos me determinan
por lo que me dice el alma.

Mar- A que? J- A hablarle. M- Como? J- Espera;
casi á vuestros pies estaba
este retrato: si bien
roto, puede haceros falta.

Gar- Este fué un retrato mio,
que le rompí esta mañana
en casa de una mujer
tan hermosa como ingrata.
Es tan mudable i soberbia,
que sin razon hoi me manda,
ó por locura ó por celos,
que no entre mas en su casa.
El haberle hallado aquí,
puede ser que de la manga
se le cayese, si vino
á la comedia. Juan- Que es tanta
la crueldad que usa con vos?

Gar- Si condicion tan estraña
hubierades conocido,
yo sé que no os espantára;
si os parece que merezco
algun favor, que sin causa
me destierre de sus ojos
i me obligue á que me vaya
del mundo; que no es huir
de sus mudanzas á Italia,
por no sufrir condicion
tan áspera i tan liviana
que es tornasol de su gusto!
que como á un tiempo señala
dos colores, así Celia
á un tiempo aborrece i ama.
Dijeos el nombre: no importa,
pues no saben de quien hablan
mis celos ó mis desdichas,
que me llevan á las armas
del de Feria, que en Milan
honra su nombre i su patria:
donde tengo por mayor
que de algun francés la bala
me pase el pecho, que el fuego
de sus airadas palabras.
Perdonad si cuenta os dí

sin conoceros, que paran
de locura mis fortunas
por una mujer tan varia,
que hoi busca, mañana deja,
i lo que deja mañana
vuelve á buscar otro dia
Luna de Enero en mudanzas,
sol de invierno, flor de almendro,
falso amigo, mar en calma,
mujer sola, siempre ociosa,
i rica i loca; que basta. (Vase)

Juan- Que te dice? Mar- Que habla celos.

Juan- Martin, cuando celos hablan,
mui libres verdades dicen,
que es vino que no las calla.
No mas Celia. Mar- Pues porque?

Juan- Porque este me desengaña,
i escarmenté en su cabeza.

Mar- No miras que esta mudanza
nace de estimarte? Juan- Vamos.

Mar- Adonde? Juan- A guardar el alma.

ACTO II.

Salen Clara, Julia i Juan.

Clar- Paso á la calle mayor,
i quise veros, D. Juan.

Juan- El que no tuviere amor
será de todas galan,
i todas le harán favor.
Lo que quisieres comprar
quiero esta tarde pagar,
ya que en mi casa has entrado.

Clar- No vengo á daros cuidado.

Juan- Nunca me le ha dado el dar.

Clar- Saber de vos deseaba
que hai mil años que no os veo;
i porque ayer donde estaba
creció D. Juan mi deseo
lo que de vos se trataba.
Soliades navegar
de aquesta corte en el mar
sin que el agua os diese pena:
pero ya cierta sirena
dicen que os supo engañar.

Juan- Pues, Clara, fué impertinencia
de algun galan engañado
por celosa competencia;
que soi Ulises atado
al árbol de mi prudencia:
que si bien me detenia
cierta dama á quien servia,
de su misma condicion
saqué el olvido, en razon
del amor que me tenia.

Clar- Que no hai para que encubrirme
en lo que os puedo servir;
que aunque mas secreto i firme,
de Celia os puedo decir
mas que vos podeis decirme.
Soi su amiga desde un dia
que por cierto D. García
fingió unos celos con ella.

Juan- Ya yo sé lo que por ella
ese galan padecia:
que de ejemplo me sirvió
para saber defenderme.

Clar- Luego ya el amor cesó.

Juan- No ha cesado, pero duerme
i no le despierto yo.
A la hermosa Celia vi:
enamoréme servi,
obligué, tuvo me amor,
milagro de su rigor
i mal empleado en mí.
No porque le fuera ingrato,
pues con honesta aficion
la visito, sirvo i trato:

mas porque es su condicion
del mismo viento retrato,
pienso, que venganza ha sido,
Clara, de amor ofendido:
pues cuanto crece su amor
sin estimar su favor,
se va aumentando mi olvido.
Celia es una dama agraciada,
porque es [illegible] rica i hermosa,
i de claro entendimiento:
pero el alma recelosa
camina en su amor atento.
Puede ser, tambien, que el ver
el rigor de una mujer
que a tantos ha despreciado,
reducido a tal estado,
me obligue a no la querer.
Porque ver en su aspereza
lágrimas, i en sus papeles
locuras, a tal fiereza
me obligan, que son crueles
mis ojos con su belleza.
Porque de vuelta llorar,
a diferente lugar
mira, por no ver reir:
i aunque lo sabe sentir,
lo sabe disimular.
Assi se va entreteniendo
amor de Celia, vengando
los que la andaban sirviendo.
Clar- Celia llega a estar llorando
i vos de vella riendo!
Brava vitoria, D. Juan!
Donde del amor están
los blasones vencedores,
no se han escrito mayores:
eterno laurel os dan.
Pero guardaos: que es mujer,
que sabrá llorar i hacer
esas finezas por vos:
pero si os coje, por Dios
que os dure poco el placer.
Vengará vuestros desprecios,
cuando no podais comprar
su amor con iguales precios.
Juan- Como puedo yo llegar
a pensamientos tan necios?
quien no se quiere perder,
no se pare. Clar- Que has de hacer?
Juan- Querer cuantas ver pudiere:
porque quien a muchas quiere,
a nadie puede querer.
Assi las libres mujeres
no tienen jamas amor,
variando en sus placeres;
i quieren, teniendo honor,
por no mudar pareceres.
Clar- Que gran castigo os espera
de esa libertad! Juan- Si fuera
solo con ella mi amor:
aun lo paso mejor:
digola yo que me quiera.
S. Mar- Aunque te cause disgusto,
no puedo dejar de darte
de cierta visita parte.
Juan- Sin gusto, Martin, no es justo:
quien duda que Celia es la?
Mar- La misma. Juan- Pues vuelve, i di,
necio, que no estoi aquí.
Mar- Si viene con ella Ynes,
que sabe que en casa estoi?
Jul- Piensas que celos me das?
Mar- O Julia amiga, aquí estas?
Jul- Aquí estoi. Mar- Volando voi
a decirles que los dos
no estamos en casa (V). Clar- Agora
creo que Celia te adora.
Juan- Consame el alma por Dios.
Clar- Una mujer tan gallarda,
que te viene a ver despides?
Brava arrogancia! a amor pides
la venganza que te aguarda.
Lastima me da: no seas
cruel: llamala es mejor;
que yo a la calle mayor
me voi. Juan- Clara, no lo creas.
Clar- No tendrá celos de mi:
llamala por vida mia.
Juan- Ya fuera descortesia
el saber que estoi aquí.
S. Mar- Celia se fue recelosa,
señor, de que en casa estás.
Juan- Qué dijo? Mar- No dijo mas
de que es discreta i hermosa.
Echose el manto, i seria
para cubrir los enojos,
que en el papel de sus ojos
amor con agua escribia.
Dió un suspiro, que pudiera
romper, no el doblez sencillo
del manto: mas si el soplillo
lamina de bronce fuera.
Palabras dijo de agravios,
murmuradas con [illegible],
entre perlas de sus dientes
i corales de sus labios.
Que lloró fue cosa cierta,
o si no fueron enojos,
algo llevaba en los ojos,
que no acertaba a la puerta.
Asió por el manto a Ynes
i ella sacó por lo bajo
[illegible] a remediar un tajo,
i sacudiendo un reves,
no conmigo picardias,
dijo: su amo está acá:
que adonde su perro está
tambien estará Tobias.
Juan- Yo, Clara, gusto en estremo
de atropellar el rigor
de mujer de tal valor.
Clar- Ya te he dicho lo que temo.
Juan- Ven al jardin: que esto es
querer mas mi libertad.
Mar- Como estamos de amistad?
Jul- Darele el reves de Ynes.

Vanse: salen García i Alberto.

Gar- Pensé pasarme, i no me dejan celos.
Al- Así castigan al amor los cielos:
en Milan os contaba, D. García.
Gar- Para el de Feria i Santa Cruz tenia
cartas del Almirante, i del de Sesa:
tuvo el amor de los cabellos presa
mi determinacion, i no he podido
partirme, aunque mejor me hubiera sido.
Salgo de noche solo a ver la puerta,
alguna vez a mi favor abierta,
i he visto un caballero disfrazado,
llegar, llamar i entrar con un criado.
Alb- Pues porqué no le habeis reconocido?
Gar- Si piensan en Madrid que me ha prendido
los señores i amigos, gran bajeza
fuera dar ocasion a conocerme,
a herir o herirme, a huirme o a prenderme;
cuando por dicha piensan los señores,
que en Saboya merecio sus favores,
los amigos, que a tajos i reveses
derribó por el suelo piamonteses,
i algunos envidiosos, que me espera,
sino la compañia, la bandera,
tengo de acuchillar a un embozado?
Al- No he visto amante yo tan reportado.
Celos, i no saber el dueño, es cosa
nueva en amor, i a amor dificultosa.
No lo podeis seguir? Gar- Tambien lo intento:
mas son tan recatados, que no siento
remedio para ver adonde paran.
Al- Mucho vuestras fortunas se declaran.
Gar- Con esto agora entendereis, Alberto,
la causa del haberme descubierto
al amigo mayor, al mas discreto.
Al- Pues ya teneis de mi tan buen concepto,
decidme a lo que vengo. Gar- Yo me remito
en una carta, que hoi a Celia he escrito,
como que de Milan con un presente
la escribo, i que de vos tan justamente
quise fiarla: pero habeis de darla,
cuando este caballero venga a hablarla,
que no repararán en un soldado:
i vos, o por haberlo preguntado,

o ya por conocer al caballero,
o ya por mejor lo que pretendo i quiero.
Al - Decis mui bien: pero es inconveniente
decir, que traigo carta con presente:
que han de pediarla, i como son mugeres,
para tomar no toman pareceres.
Gar - Decid que le teneis en la posada,
i señaladla donde no hallen nada:
pero ella es tan bizarra, que no creo
que reciba el presente ni el deseo.
Al - No lo creais: que amantes, aunque ausentes,
con dar presentes estarán presentes.

Vanse - salen Celia i Ines.

In - Pues remedio has de tener:
no has de dejarte morir.
Cel - Cansandome de sufrir
no me canso de querer.
Porque á tanta desventura
ha llegado su rigor,
que ya no parece amor.
In - Pues que parece? Cel - Locura.
In - Los que nunca han enfermado
sienten mucho cualquier mal.
Cel - Si en correspondencia igual
á D. Juan hubiera amado,
no fuera mi sentimiento
de esta calidad, Ines:
que ya parece interes
de mi propio pensamiento.
No querer sin ser querida
no sabiendo yo querer,
i que casi vengo á ser
por querer aborrecida?
Donde está la libertad,
con que á tantos desprecié?
hombre se alaba que fué
señor de mi voluntad?
Si estuviera D. García,
donde aquestas cosas viera,
que de venganzas tuviera!
Ai libre condicion mia!
Que artificio ó que ventura
de un hombre llegó á tener
imperio en una muger,
que para ser de escultura
en su esquiva condicion
dió mármoles á los cielos?
In - No quieres tu darle celos.
Cel - Tretas ordinarias son.
In - Lo que está calificado
por bueno, aunque antiguo sea,
pero es justo que se crea.
Cel - Ines que haré? In - Yo he pensado
que finjas que de Milan
te ha escrito aquel D. García,
que ya sabe que tenia
talle i méritos D. Juan,
para que tu le quisieras:
que cuando presente esté,
al descuido te daré
la carta. Cel - Vanas quimeras
para un mozuelo arrogante,
que no querrá tener celos
del mismo sol de los cielos,
si se le pone delante.
In - Pues dime, si te ha cojido
por los celos que te ha dado
hasta haberte despreciado,
siendo tu desden i olvido
asombro de este lugar,
porque no será tambien,
que te venga á querer bien
i que te quieras vengar?
Cel - Bien dices: pero son celos
mui tibios de un hombre ausente.
In - Prueba hasta ver si lo siente,
i añade á celos, recelos.
S. Mar. con Juan - Hablala, por Dios, con gusto,
ya que la vienes á ver.
Juan - No sé como pueda ser.
Mar - Yo sí. J - Como? Mar - Porque es justo.
Juan - Cansadme por Dios, Martin,
tanta Celia noche i dia.
Mar - Pues á fé que no solia:
mas todo se muda en fin.
Juan - Apenas el alba sale,
cuando hai Celia con papel,
que para librarme de él,
ningun remedio me vale.
No ha llegado el medio dia
cuando hai presente i recado:
que amor tan necio i cansado!
que descompuesta porfía!
Que aun no me pueda sentar
Martin, sin Celia á comer!
pues Celia al anochecer
como me puede faltar?
Celia de noche en la calle,
Celia en el prado, en el rio:
no hai otros mozos de brio,
de buen gusto i de buen talle?
Que me quiere Celia á mi?
Mar - Quedo, que te está escuchando.
Juan - Pues puede faltarme hablando?
Cel - Es D. Juan? J - Señora, si.
Cel - Mi bien. M - Responde. Juan - No sé.
Mar - Eso ya es descortesía.
Juan - Mi Celia, señora mia,
Cel - Que milagro de amor fué
hacerme aqueste favor?
Juan - Favor? Hacéisme correr.
Cel - Pues que nombre ha de tener
el venirme á ver? Juan - Amor.
Mar - Amor! con que sequedad
la hablas! Juan - Harto me esfuerzo:
que sabe el cielo que fuerzo
el gusto i la voluntad.
Mar - No queriendo en otra parte,
como no quieres aquí?
Juan - Preguntalo á amor, no á mi.
Cel - Que es eso, Ines? In - Oye aparte:
ya no tienes que escribir
la carta que imaginaste:
un soldado está á la puerta,
que de D. García las trae.
Cel - Burlaste, Ines? In - Como burla?
Cel - Dile que venga á la tarde;
no entren soldados aquí.
Juan - Señora, si es importante
que yo me vaya. Cel - Porque?
no es cosa que ofensa os haga.
Cartas son de D. García,
que bien pudiera escusarme
esta necia este disgusto:
di, que mañana me hable,
i que las deje, si quiera
para que D. Juan las rasgue?
Juan - Rasgar yo? pues á que efeto,
ni que á la mañana aguarde?
Dile que entre. Cel - No ha de entrar.
Juan - Si ha de entrar; que es disparate
querer que á mi me de pena
quien viene de Italia ó Flandes.
Entre ese soldado luego,
él i cuantos en las naves
desembarcan del Brasil
ó dan la vuelta de Cadiz.
Cel - Que quereis que entre? Juan - Pues no?
Mar - Parece que quieren darte
su poquito de calor.
Juan - A mi calor? que donaire!
Mar - No es aqueste D. García
de los mirlados galanes,
que guardaban esta puerta
i rondaban esta calle?
Juan - El mismo. Mar - Pues porque sufres
sus cartas? Juan - Calla, ignorante:
que no hai celos sin amor,
i yo no le tengo á nadie.
S. Al - Quien es la señora Celia?
Cel - Yo soi. Mar - Bravo mozo. J - Buen talle.
In - Bravas plumas. Cel - Bizarria

i viene el belicoso traje.
Al- Yo llegué à Barcelona
de Genova al embarcarse
D. García, à quien debeis
cuidado: bien triste parte.
Diome esta carta, i con ella
una caja: si hai un paje...
pero no, porque ha de dar
un despacho al almirante.
En la calle de Alcalá:
poso, de donde se parten
los coches: llamome Ascanio
de li Estornati: entraos de
mañana entre siete i ocho.
Cel- Que prisa! esperad que os hable:
tiene salud D. García?
Mar- Salud i gracia separadas
deben de querer te dar
con tenerla i preguntarle.
Juan- A mi? Mar- No, sino al sofá.
Juan- I que importa que se canse?
Al- Salud lleva D. García.
Cel- Que mirais? Al- Lo que hai delante:
es aqueste caballero
hermano ó deudo? que hacen
mensajeros poco cuerdos
tal vez grandes necedades.
Cel- Hablad, que es un deudo mio,
que ha venido à visitarme.
Al- Deudo? el nombre? C- D. Juan Guevara.
Al- Es de los buenos solares
su casa, i en su persona
no se desluce su sangre.
Pretende en corte? Cel- Pretende.
Al- I aquel mozo del semblante
falso es tambien deudo vuestro?
Cel- Es un montañés, que trae
conmigo. Al- El nombre? Cel- Martin.
Al- Tiene traza de pegarse
dos tajos i dos reveses
con el sobrino del Draque,
los soldados regiraramos
en nombre de aquel bergante.
Mar- Con celos de D. García
sabe, D. Juan, de mi parte
este soldado hablador:
vive Dios que le arrebate
i le arroje de un reves
cascos i plumas à Flandes.
Al- Digo, pues, que D. García
va sin salud à arrojarse
desesperado à las armas
de un diamante que le mate.
Con lágrimas i suspiros
me dijo palabras tales,
que enternecieran las almas
de los mas duros diamantes.
Diome un abrazo que os diese.
Cel- Pues bien podeis abrazarme;
que à las nuevas de su amor
se deben prendas iguales.
Mar- Abrazarle? Juan- No lo ves?
Mar- Tras presente, no te espantes.
Juan- Que libertad tan grosera!
Mar- Que se te da que la abrace,
pues que las no la quieres bien?
Juan- Perderme el respeto es parte
para darme pesadumbre,
que no porque à mi me agravie.
Cel- Id en buenora, i podreis
verme, señor, quando os falten
negocios. Jn- Señora, escribe
el nombre para buscarle,
que me parece dificil,
aunque la posada es facil.
Cel- Libro tengo de memoria.
Al- Pues v. m. le saque.
Cel- Ya escribo. Al- Ascanio. C- De que?
Al- De li Estornati, i mandadme
otra cosa en que serviros. (Vase)

Cel- El cielo, señor, os guarde.
Quieres rasgar esta carta?
Juan- O que donaire tan grande!
Yo rasgar tus pensamientos?
yo tus deseos? tan facil
te parece el dividir
las primeras amistades?
No soi tan necio, ni creas
que en este juego me salen,
aunque estas cartas me des,
esas figuras azares.
Doite el parabien del gusto,
por la parte que me cabe
de que le tenga: que yo
eso puedo desearte.
Quedate à leerla à solas:
que de secretos de amantes
nunca quieren los discretos,
aunque se lo rueguen, parte.
Cel- No, no, que es mucho desprecio
sin ver la carta dejarme:
espera por vida tuya,
si la estimas, no la mates.
Toma, lee, rompe, arroja
sus razones, no te enfades:
que no tengo yo la culpa
de que me escriba quien sabe
que se fue de aborrecido,
con ser hombre de tan partes
que todo el mundo conoce.
Juan- Que él te escriba i tu le alabes
está muì puesto en razon;
i para que no te canses
en pensar que me das celos,
lee, que quiero escucharte.
Cel- No quiero yo que tu pienses
que me escriben en lenguaje
menos que merece honesto.
Juan- Lee si quieres, que es tarde.
Cel- Lee- Voi à la muerte, huyendo de la vida,
dulce señora mia, de tal suerte,
que la memoria de volver à verte
desconfiado la esperanza olvida.
Ya no es posible que consuelo pida
à tu crueldad, porque el rigor me advierte,
que quien allá no pudo enternecerte,
que podrá ausente i la ocasion perdida?
Esa joya te envio: no te espantes
de que partiendo en lágrimas deshecho,
me retrate en firmezas semejantes.
Por ser el Dios de amor, ponte en el pecho:
por ver si puede amor, hecho en diamantes,
romper un pecho de diamantes hecho.
Yo he leido. Juan- I yo escuchado
sin jénero de disgusto:
quieres mas? Cel- Ni fuera justo
que esto te diera cuidado.
Juan- Cuidado à mi? para que?
mira en que te sirvo. Cel- Espera,
hazme una merced. Juan- Pudiera
asegurarte mi fe.
Cel- Esta joya has de ponerte,
valdreme yo del concepto
de D. García. Juan- A que efeto?
Cel- A efeto de enternecerte.
Juan- No, Celia: mejor será
que te enternezcas à ti:
pontela, i fia de mi,
que el mio por ti lo está.
Dios te guarde, ven, Martin.
Cel- La joya te han de llevar.
Mar- Pienso que llevas pesar.
Juan- Yo pesar? pues à que fin?
Mar- No me agrada aquella risa:
con gusto queda de verte
enojado. (Vanse) Jn- Brava suerte!
Cel- Parece que el amor pisa
las estampas de los celos:
que presto mas altos vuela!
que discreto fuego tiene
para abrasar necios yelos?

In.– Picado vá. Cel.– Con razon.
Pero que mi dicha fuere
tan grande, que me escribiese
Garcia en esta ocasion!
In.– Que ingratitud no venciera
esta memoria? Cel.– Es verdad:
ya mi necia voluntad
su mal gusto considera.
In.– Bravajoya te ha enviado:
mas no se acordó de mi?
Cel.– Por D. Juan no te adverti,
que viene aparte recado.
In.– Como? Cel.– Cortes de Milan
i medias de seda. In.– Hiciste
discretamente. Cel.– Que triste
puso la carta á D. Juan!
In.– No habrá salido el aurora,
cuando voi á la posada
de ese Ascanio, aunque olvidada
del sobrenombre, señora;
i advierte que me has de dar
algo del presente á mi.
Cel.– Medias habrá para ti.
In.– A la color verdemar
soi yo mui aficionada.
Cel.– No es honrado caballero
D. Garcia? In.– Ya te espero
ver de D. Juan olvidada.
Cel.– Si me aprietan desengaños,
creo que me he de mudar:
que se cansan de llorar
mis ojos tantos engaños.
Si viniese D. Garcia,
temo el tenerle aficion:
que una larga sinrazon
el mayor amor enfria.

Vanse: salen Juan i Martin.

Mar.– Pues conmigo disimulas?
Juan.– Yo contigo? Mar.– Triste vienes:
de aquella carta á esta parte
te he sentido diferente.
Dime por Dios la verdad.
Juan.– Si Celia, Martin, me ofrece
la carta para vengarse
de aquel su olvidado ausente,
i me ha de enviar la joya,
que celos, que pena quieres
que tenga? solo el pensar
que se alegra me entristece.
Mar.– Es condicion del amor
pesarle de ver alegre
lo que ama: que querria
que siempre triste estuviese.
Pero mostrando la carta
que pudo Celia esconderte,
i dandote los diamantes,
no sé yo de que te temes,
como dice la cancion:
antes ocasion parece
de conocer que te estimo.
Juan.– Bien sé que Celia no puede
querer á nadie en el mundo.
Mar.– Perdida de amor la tienes:
pero ya tarda la joya;
si bien, no es bien que te pese:
pues te obliga á darla otra
de mas valor. Juan.– No se entiende
con quien no la tiene amor:
yo dar la joya. Mar.– Ines viene.
S. In.– Puedo entrar? Mar.– Quien es, Martin?
Mar.– Quien dices? no ves presente
la estafeta del amor,
el paraninfo celeste
de Celia, el feliz Mercurio,
el Iris resplandeciente,
mensajera de los dioses?
In.– Todos sabemos á Hueste;
por vida del hablador,
i estese quedo. Mar.– Esto sientes?
Juan.– Ines, que quieres? In.– Saber
de tu salud, i presenta
ese papel. Juan.– Que cansancio!
mucho me tienen papeles.
Mar.– No traes la joya? Ines.– Cual joya?
Mar.– Cual? la de Ascanio Estornel.
In.– Como se te acuerda el nombre?
Mar.– No quieres que se me acuerde?
Apenas hoi salió el alba
i en barbechos, i alcaceres
pardas cantaban calandrias,
dulces chillando motetes,
mesas apenas gavachos
de agua ministrando ardiente,
i por organos narices
entonan tabaco fuelles:
cuando te vi por la calle,
i á mas de cuarenta ces,
que desde lejos te di,
no respondiste una ele:
donde ibas á ser sol
de los dulces feligreses
de Baco, que á tales horas
á sus hermitas se ofrecen?
In.– A buscar iba la joya:
pero no hallé quien pudiese
darme señas de ese Ascanio.
Mar.– Tiene ya pocos parientes,
despues que Eneas su padre
dió á Dido como la muerte.
Juan.– Yo he leido i te he escuchado,
i conozco, Ines, que mientes
en decir que no le hallaste:
pero basta, bien se entiende,
que Celia quiere traer
la joya; i dos cosas pierdes,
la que yo te preveria,
i el verme: porque de verme
eternamente no trates.
In.– Que es eso de eternamente?
Juan.– No entiendes bien castellano?
In.– Esa respuesta merece
una mujer principal?
Juan.– I tu soberbia se atreve
á responderme? In.– Yo traigo
comision de responderte.
Si tu no vienes á Celia
esta cierto que no intente
las locuras que hasta aquí;
que es infamia que desdeñes
sufra una mujer hermosa
de un hombre, aunque un anjel fuese.
Las humildades que ha hecho
contigo, D. Juan, te tienen
tan arrogante: mal haya
la mujer que os desvanece!
Castigo de su soberbia
fuiste: pero ya no quiere
sufrirte necio i galan,
discreto é impertinente.
Es mi señora mui linda,
para que tu la desprecies,
mui rica para buscarte,
mui noble para quererte.
Pienso que no hablo en culto,
i si me entiendes, advierte,
que no te arrepientas tarde,
que hai muchos que la pretenden (?)
Mar.– Malo por Dios: no me agrada:
que nunca casadas [illegible] ten
decir estas libertades
cuando las amas no quieren.
No me diera mas temor,
si la oyera treinta veces
la camp[illegible]ana de Velilla,
con malos agueros siempre,
que la voz desentonada
de Ines. Juan.– A quien no la temes,
que piensas tu que le importa?
Mar.– No te hagas tan valiente,
que pienso que has de pagarla
las crueldades que la debes.
Juan.– Dejame, necio. Mar.– Yo? J.– Si.

que no hayas miedo que deje
Celia de quererme. ¿Lleva... ?
mal conoces las mujeres.
Vive Dios, si hayan perjuicio
cuando alguno las ofenda
pondrán entrar á rempirse,
que no hai cosa que no intenten.

Vanse: salen Alberto i García.

Al- Buena persona tenia
i grave disposicion:
sólo pena la aficion
con que ha hablado en D. García,
i ella á él satisfaccion.
Paréceme á lo que vi,
que está perdida por él.
Gar- ¿Perdida? Al- Pienso que sí:
porque de los celos de él
venganza en ella sentí.
Díjome que era pariente,
i novio me pareció:
que un pariente menos siente.
D. Juan Guevara le llamó.
Gar- No poca me ha dado aumento:
pero no me la ha de dar:
sus paces quiero estorbar
i fingir que hoi he llegado.
Al- Buena para soldado,
volver hoi á ayer llegar.
Gar- Diré que el duque me envía
con despachos para el conde,
i pasaré á mediodía
con postas la calle adonde
hai mas guerra que solia.
I así todos pensarán
que he llegado de Milan:
porque no tengo paciencia
para sufrir que en ausencia
quiera bien Celia á D. Juan.
Al- Sí: pero vuestros amigos
luego os han de preguntar
lo que hai de los enemigos.
Gar- Luego no es fácil contar
mentiras, sino hai testigos?
En Madrid, como á porfía
amanecen cada dia
tres cosas hasta las pruebas,
arbitrios, mudanzas, nuevas,
i así lo será la mia.
De Génova i de Saboya
las historias contaré
que pasó Grecia con Troya.
Al- ¿I de la joya? Gar- Diré
que no ha llegado la joya.

Vanse: salen Celia é Inés.

Cel- En notable obligacion
estoi á tu atrevimiento.
In- Conocí tu pensamiento.
Cel- Basta que los celos son
á quien debo ese pesar
despues, Inés, de los cielos.
In- De ingratitud á los celos
suele el amor apelar.
Cel- Lo mismo me ha sucedido.
In- Si le dejas tú verás
á quien te desprecia mas,
mas despreciado i perdido.
Estaba aquel bellacon
de Martin como espantado
de ver el mundo trocado,
dándome falsa atencion.
Cel- ¿Qué te dijo D. Juan? In- Nada:
que tambien le pareció
que hablaba atrevida yo
en tu mudanza fundada.
Cel- I pareciole mui bien:
ea, pensamientos mios,
agora es tiempo de brios
contra tan necio desden.
Era yo la que llegaba
de noche á buscar las rejas
de un hombre, i con dulces quejas
su ingrato nombre llamaba?
Era yo la que le oia
estando á su puerta de él,
i á quien su gente cruel
que estaba fuera decia?
No mas crueldad, no mas fieros
amor: que para olvidaros
no hai mas discretos reparos,
que dar celos i no veros.
No me entre D. Juan aquí,
que no quisiera mas D. Juan:
viva el que vive en Milan.

Sale D. Juan con Mar- ¿Qué estás diciendo de mí?
Cel. Que me cansan tus crueldades
siendo quien soi: que el deseo
templan de suerte, que veo
tu mentira i mis verdades:
i sino te persuades
con lo que te ha dicho Inés,
óyeme á mí: que despues
que tus desengaños vi,
no soi la Celia que fui,
sino la Celia que ves.
¿En qué pensabas el fuego
de tu arrogancia, D. Juan?
¿no sabes cuan poco están
juntos desprecios i amor?
mucho perdí de mi honor
en quererte despreciada:
pero ya desengañada
i la esperanza perdida,
cuanto estoi arrepentida
pienso que estaré vengada.
Que te quiero, no lo niego:
que una principal mujer,
bien puede luego querer,
pero no aborrecer luego:
si fuera un monte de fuego,
me le templara tu nieve:
¡que mal hace quien se atreve
á dar por amor desden!
porque no es hombre de bien
quien no paga lo que debe.
Juan- Celia, de mi ingrato pecho
te has quejado sin razon:
temo de tu condicion
lo mas que dices has hecho:
bien puedo estar satisfecho
el tuyo de que soi tuyo:
de tu sentimiento arguyo
el tuyo, i yo confiado,
si alguna vez la he negado,
el alma te restituyo.
Vuelvo arrepentido en mí
de aquellos desabrimientos:
porque tus merecimientos
siempre yo los conocí:
i no tan ingrato fui,
que pudiera despreciarte:
siempre he sabido estimarte;
porque fuera no quererte
ni haber ojos para verte,
ni oidos para escucharte.
Los que no han sido enemigos
no hai de que hacer amistades:
mas sino te persuades,
sean estos dos testigos
de que ya somos amigos,
con juramento, mi bien,
que mis ojos no te den
mas pesadumbre jamas:
que á los celos que me das
se han vendido mi desden.
In- Postas pasan: voi, Martin,
á los balcones corriendo.
Mar- ¿Corneta? mala señal,
mala voz i mal agüero:
i mas sonando, señor,
en amistades de celos;
que es como al salir de casa
ver un acreedor ó un cuervo.
Juan- ¡Cosa que fuera el soldado!
Mar- Pues yo por cierto lo tengo:
porque en venir por la posta
se ve que es mas i que es cierto.
In- Ponte, señora, al balcon,
verás un galan mancebo
vestido de verde i plata,
cual suele florido almendro,
con todo un Oran de plumas,
un piramide sombrero
estrellado de diamantes:
baja el oido. Cal- Ya entiendo.
Juan- ¿I yo lo entiendo tambien?
i pues estorbo, no quiero
darte, Celia, pesadumbre.
Cal- No, no, que parecen celos:
tu celoso? Dios me libre:

solo, mis ojos, te ruego
me des licencia: que vi
un instante, un pensamiento
à ver hombre tan galan.-(Vase)
Yn- Yo Martin, ni mas ni menos,
à ver à cierto casado,
que me envuelta en un fieltro
el alma que me llevó. (Vase)
Mar- Que es esto, señor, que es esto?
Juan- Que ha de ser mas de que ya
mudó la veleta el viento?
Mar- No te dije yo, que habia
de vengarse? Juan- Pierdo el seso.
como vi que me adoraba
estaba mi amor durmiendo,
i despertó dando voces,
Martin, en dandome celos.
Mar- Y la picara de Ynes,
que con el otro escudero
me amenaza haciendo burla?
Juan- Que haremos? Mar- Por Dios que creo
que es todo en Celia artificio:
porque de su entendimiento
presumo invencion tan rara.
Juan- Ya llega tarde el consuelo:
cartas, soldado, presente,
postas, plumas à los cielos,
verde i plata con diamantes,
bien pudo hallar el ingenio,
pero no la ejecucion,
que ya con los ojos veo.
Ai Martin, que necio he sido!
Mar- Pues no parezcas mas necio
en dar à entender tu pena.
Juan- Que hallase este caballero
para venir à matarme?
Mar- Dicen, que à un dotor volvieron
una mula que le hurtaron
mientras curaba à un enfermo.
i que pasados dos años
la halló à su puerta diciendo
un rotulo que tenia
entre la barba i el pecho.
Estime vuesamerced
esta mula, que por cierto
que no ha dado un tropezon
de aquí à Roma: asi sospecho
que se halló Celia à la puerta
este soldado que ha vuelto
al lugar donde vivia
sin avisar à su dueño.
Juan- No sé lo que Celia intenta,
solo sé que yo me muero.
Mar- Sin duda, pues te confiesas.
Juan- A voces, Martin, confieso
que es la luz de aquestos ojos,
que es el alma de este cuerpo,
de mis potencias accion
i el primero movimiento
de mis sentidos, si ya
puedo decir que los tengo.

ACTO III.

Salen Juan i Martin.

Juan- Llama con fuerza. Mar- Señor,
ya es otro tiempo. Juan- Ai de mi!
Dile à Ynes que estoi aquí.
Mar- A Ynes? Juan- Si. Mar- Tengo temor.
A mi magnifica Ynes,
dignate de abrir la puerta.
S. Yn- Pues bien, Martin, ya está abierta.
Mar- Oye, i cierrala despues.
Yn- Es aquel D. Juan? Mar- Pues quien?
Juan- Justa colera me abrasa.
Yn- Que quieres en esta casa?
Juan- Desde ayer tengo desden:
Dile à Celia, Ynes, si es justo,
que estoi aquí. Yn- Está escusada.
Juan- Como? Yn- No está levantada,
que ha dormido con disgusto.
Juan- Que importa que yo la vea?
Yn- No es mi señora mujer
que en la cama la ha de ver
quien su marido no sea.
Juan- Yo me acuerdo de algun dia
que de mi no recataba
ni el jazmin que madrugaba,
ni el clavel que anochecia!
Habrá venido à saber
si el aurora amaneció
quien mas dichoso que yo
puede sus celajes ver.
Quien duda, Ynes, que tendrá
silla el Sr. D. Garcia
sin que se murmure el dia
que el sol en la cama está?
Yn- Ni ha venido ni está aquí
que aquí nadie puede estar.
Juan- Yo lo he de ver. Yn- No has de entrar.
Juan- Como no? Yn- Tente. Juan- Tu à mi?
S. Cel- Quedo, quedo: que es aquesto?
tu, D. Juan, fuerza en mi casa,
i à mis criadas? Juan- Si pasa
de lo que es termino honesto
esta fuerza en que me ves,
no te espantes, pues que quieres
darme celos. Cel- Las mujeres
que viven de su interes
aun no se tratan asi.
Juan- Que tengo justo respeto
à tu valor te prometo:
pero estoi fuera de mi.
Cel- Despues de tanto desprecio
hablas con tanta humildad?
Juan- Fui necio en prosperidad.
Celia- Pues agora no seas necio.
Juan- Que pierdes porque yo vea
quien en tu aposento está?
Cel- Todo el honor que me va
en que esto de mi se crea:
i esa licencia, D. Juan,
solo un marido la tiene
cuando à tal desdicha viene
que tal ocasion le dan.
Juan- Yo lo seré tuyo. Cel- Es tarde.
Juan- Tarde? Cel- Quien no me estimó
cuando él quiere, quiero yo
que allá en la calle me aguarde.
Juan- Mira, escucha. Cel- Estoi desnuda.
Juan- Ayer vino D. Garcia:
con no entrar yo, Celia mia,
has puesto tu honor en duda:
dejame entrar. Cel- Como entrar?
ni el sol entra en mi aposento.
Mar- señora, su pensamiento
antes te pretende honrar:
que importa que entre? Cel- Ya digo,
que ni el sol entra à estas horas
donde duermo. Mar- Si mejoras
tu causa, siendo el testigo,
deja, aunque es impertinencia,
que entre, pues que loco está.
Cel- Dos veces he dicho ya,
que al sol no daré licencia:
mira que llaman, Ynes.
Yn- Ai señora, D. Garcia.
Cel- Ves como estar no podia
donde dices? Juan- A tus pies
pido, señora, perdon.
Cel- No quiero que te halle aquí:
entra, D. Juan, no por mi,
mas por mi honesta opinion:
que salir delante de él
tambien le dará recelos.
Juan- Que hayan llegado mis celos
à termino tan cruel!
Cel- Advierte, que has de callar
i no quitarme el honor.
Mar- Bien te castiga, señor.
Juan- Bien se ha sabido vengar. (Entranse)
S. Gar. con Al- A un soldado, que solia
tener paz en esta tierra,
à quien destierra la guerra
de la paz en que vivia,
dad los brazos, Celia mia.

Cel.– Qué soldado tan galan!
ya volvereis capitan
Gar.– De prendas nadie junto
mas compañia que yo.
Cel.– Como venis de Milan?
Gar.– Despachos traigo, ó señoras,
que esta jornada me alcanzó
por hombre de confianza.
Cel.– Volvereis? Gar.– Tambien lo ve agora.
Cel.– De la jente que ocupó
que nuevas nos dais? Gar.– Aqui
fingiré lo que no vi,
pues de Madrid no he salido:
mas donde hai tanto fingido,
como ha de faltarme á mi?
El generoso marques
de Santa Cruz restauró
lo que Genova perdió,
i fué por tierra despues
del gran Felipe á los pies:
rindió, Celia, las banderas
de las armas estranjeras:
el de Feria que dilata
con eterno aplauso i loa
el nombre de Figueroa,
invicto al Cesar retrata:
ganar una fuerza trata
inexpugnable: el invierno
quiere ser diluvio eterno,
que algun planeta contrario
quiere que tenga el acuario
del fin del año el gobierno.
No sé por Dios lo que digo:
pero aqui no importa nada:
en fin, Celia, esta jornada
armas dejo i plumas sigo:
no me puso el enemigo
en Saboya mas recelos
de no volver á estos cielos,
que aqui tu olvido temor:
porque no hai muerte mayor
que amor con ausencia i celos.
Haste acordado de mi?
Cel.– No, Garcia, por tu vida:
que quien se acuerda, se olvida,
i yo no te olvidé á ti.
Juan.– No escuchas aquello? Mar.– Si.
Juan.– Estoi por salir. Mar.– Detente.
Gar.– Si supiera yo que ausente
esta dicha merecia,
antes de agora perdiera
la dicha de estar presente.
Jn.– Vuestra merced me parece,
si la vista no me engaña,
aquel soldado que trujo
á mi señora la carta.
Al.– El mismo soi. Jn.– Pues yo fui
á buscarle dos mañanas,
sin que desde el Buen Suceso
dejase hasta el prado casa.
No se llama Ascanio? Al.– Si.
Jn.– Los que mas señas me daban,
decian que no te vieron
desde la guerra troyana:
que se hizo aquella joya?
Al.– Allá la tengo guardada:
que no me hallase me admiro.
Jn.– Como se usan en España
Sanchez, Rodriguez i Hernandez,
por Ascanios me enviaban
á la moderna poesia.
Al.– De no me hallar fué la causa.
Cel.– Que vengais cansado es fuerza!
descansad, Garcia, que basta
el verme para estas horas.
Gar.– Celia, quien os ve descansa:
no quiero en aqueste traje
deteneros. Cel.– Quien aguarda
ocasiones de serviros
en todo tiempo las halla. (Van. G. i A.)
Gar.– El cielo os guarde. Cel.– Id con Dios.
Mar.– Ten mas prudencia i no hagas
desatinos, que te cuesten
perder del todo su gracia.
Juan.– Ya no es tiempo de consejos.
Eres tu la recatada?
la Lucrecia del puñal
i la Porcia de las brasas?
la que no dejaba al sol
de melindrosa i honrada
entrar con sus rayos de oro
la madera de tu cama?
ó eres tu la que recibes
á D. Garcia, le abrazas,
jurandole por su vida
con otras tiernas palabras,
que no te acordabas de él,
porque jamas le olvidabas?
Eres tu– Cel.– Luego no eres,
sino es que el gusto me engaña,
D. Garcia de buen talle?
Juan.– Tu dices eso? tu hablas
de esa manera conmigo?
tu de esa suerte me tratas?
Cel.– Dejarme, D. Juan, vestir:
que la mañana se pasa,
i es mucho descontenta
tenerme desnuda. Mar.– Es tanta,
que puede Ines prevenir
ruda i plumas. Cel.– Esta casa
fué siempre tuya, D. Juan:
si hubiere alguna mudanza,
no tengo la culpa yo,
que con tal verdad te amaba.
El sol mismo no está firme,
la luna los cielos anda,
la naturaleza dicen
que es hermosa por ser varia:
lo que era ayer ya no es hoi,
ni lo que hoi será mañana:
si solo Dios no se muda,
de que mudanza te espantas?
No dejo yo de quererte,
que eres de este cuerpo alma:
pero tengo el fuego tibio,
i la voluntad helada:
con esto vendrás á verme,
pero no ha de ser al alba,
que es hora en que no visitan
galanes con esperanza.
Lo que es una silla, tienes
en esta sala sin falta
para cuando estes ocioso;
i yo á manera de dama,
que te entretenga discreta
con las historias pasadas,
hablaremos de aquel tiempo
que yo, D. Juan, te cansaba
dando quejas á tus puertas,
suspiros á tus ventanas;
i contarasme tu á mi
de las que servir aguardas
el talle, la bizarria
i lo que con ellas pasas:
dirâte yo algun consejo
en razon de darte galas,
de averiguar unos celos
i de rasgar unas cartas:
que con esto i tu prudencia,
en tanto que no te cansas,
serán las pláticas breves
i las amistades largas. (Vase)
Mar.– Aqui bien echo de ver
que habrás menester paciencia.
Juan.– Mas es menester ausencia,
si me tengo de perder.
Esto se perdió, Martin,
otro entró, dejé la espada:
Celia de mi despreciada
es mujer, vengóse en fin.
No sé cómo escuchar pude
tal burla i tal libertad.
Mar.– Ella te dijo verdad,
no hai cosa que no se mude.
Ausentarte es acertado,
si has de hacer burlas de ti.
Juan.– Probaré lo que hai en mi,
cobarde estoi despreciado.
Mar.– Bien dices: ó gran paciencia
ó ausencia aqui te conviene.
Juan.– Fuerte es el mal que no tiene
mas remedio que la ausencia. (Van)

Salen García i Alberto.

Gar – Gallardamente se lució la industria.
Al – I tanto, que hoy llegaste à ver el pecho
que antes juzgabas de diamantes hecho,
con tan tierna è igual correspondencia.
Gar – Mas que à mi voluntad debo à la ausencia;
pues ella descubrió que me quería
que siempre no tenerme amor fingía.
Mirando estoi, Alberto, i no lo creo,
lo que puede la ausencia en el deseo:
en fin, es privacion: pues del no verme
nacieron los principios de quererme:
mejor debo de ver imaginado
yo en los brazos de Celia? yo abrazado
de la mujer mas tibia, que ha tenido
amor entre los yelos del olvido?
yo cerca de sus rayos i jazmines?
yo querido de Celia? Al – No imagines
tantas esas cosas que te vuelvas loco.
Gar – Cuando me vuelva loco, todo es poco.
S. Ynes – Parecerá novedad
venir a esta casa Ynes.
Gar – Será novedad, si es
efeto de voluntad.
Yn – Este papel te lo diga.
Gar – Mil veces beso el papel,
si hai mas desdenes en él
que cuando fué mi enemiga.
Yn – Afuera queda un criado
con un regalo. Gar – Ero mas?
Yn – Lee el papel, i verás
à que buen tiempo has llegado.
Gar. lee – No será fuera de propósito à quien viene de la guerra servirle con sopa blanca, i mas en el camino largo i por la posta. De vuestra salud me alegro mucho, García; i deseo volveros à ver, que lo que ha faltado mucho, no se ha de ver poco = notable favor, Alberto.
Al – No hai cosa por vida mia
como llamarte García.
Gar – Anda el amor descubierto.
Esto de quitar el don
à lo que te estima i quiere
regaladamente infiere
que hai amistad i aficion.
No sé, que se tiene mas
García que D. García.
Ahora bien, dile, Ynes mia,
que para siempre jamas
un esclavo tiene en mi,
i aquesta caja le lleva
con los diamantes à prueba
de lo que yo ausente fui.
Sortijas son i son tales,
si bien diamantes, estrellas
merecen manos tan bellas,
ser à su alabastro iguales:
Una lleva en una C
presentado un corazon,
que las dos mitades son
el círculo de mi fe.
Otros hai con diferencia
de gusto i vista: en efeto
siempre el oro fué discreto,
siempre habló con elocuencia.
Iré à verla, i tu entretanto
ponte esta cadena, Ynes.
Yn – Con otra beso tus pies
por pagarte en otro tanto.
Mil años te guarde el cielo:
señor Estormeli, à Dios. (Vase)
Al – Reina à Dios: ya vais los dos –
Gar – Donde? Al – Camino del cielo.
Gar – Con que? Al – Al casamiento vais,
que sin el no se va bien.
Gar – Agradezco el parabien
que con ese bien me dais.
Rica, hermosa i bien nacida
es Celia; dichoso yo.
Al – Será bien hablarla? Gar – No,
por si entretanto me olvida;
que como temo su condicion:
mejor es que D. Clara
la hable, à ver si declara
con ella su pretension.
Al – Es mui discreta i os ama.
Gar – Siempre à mi favor se inclina.
Ai esperanza! camina,
que la posesion te llame.

Vanse – salen Juan i Martin.

Juan – Yo voi perdiendo el juicio.
Mar – Aquí tornas? Juan – Aquí torno.
Juan – Como, torno es el amor,
que al rededor se anda todo.
Mira que das que decir
en la calle. Juan – No hago poco
en no echar piedras por ella.
Mar – Mira, señor, que amor solo
siempre lo paga mui mal,
i tu dijiste que es loco
quien solo una cosa amaba
cuando fuiste mas dichoso.
Vamonos à entretener;
que en la corte hai mil hermosos
rostros. Juan – No se que me tengo,
que todos me dan en rostro.
Mar – Las heridas duelen menos
con los remedios. Juan – No pongo
la esperiencia en los remedios
ni à la muerte el pecho estorbo:
quiero ausentarme, no puedo:
quiero escribirlas, no oso:
quiero verla; temo el daño
de su desden riguroso:
en su calle me anochece,
i en ella con letras de oro
los desengaños del alba
me escribe el sol en los ojos.
Aumentando sus venganzas,
pido à sus rejas socorro:
nadie me escucha. (S. Cel. Yn.) C – Si escucha,
que amor es ciego i no sordo.
Juan – Ai terribles desengaños!
Como prometen los dias
para breves alegrías
tristeza de muchos años!
Ai dulces horas pasadas,
que haceis la pena mayor!
Ai verdades, que en amor
siempre fuisteis desdichadas!
Ai hierros de aquellas rejas,
quien os pudiera ablandar!
Cel – Ai gusto, como escuchar
en un arrogante quejas?
Juan – Que obligaciones de afan,
novedades de dos dias!
buen ejemplo son las mias,
pues con mentiras se pagan.
Justamente amor me trata
vengando el rigor de un año
cuando traté con engaño
tus verdades, Celia ingrata.
Entonces quien tal pensara
que era mi lealtad tan poca?
que de quejas vi en tu boca?
que de perlas vi en tu cara?
Pensar en que me adorabas
con mayor dolor me aflije
ó cuantas veces te dije
cuando à mi puerta llamabas,
como por victoria i palma
de tus desdenes tan cierta:
en vano llama à la puerta
quien no ha llamado en el alma.
Cel – Ai celos bien empleados!
Juan – Cuando llamabas allí
i preguntando por mi,
me negaban mis criados;
(tanto el corazon deseaba
contando lo que paso)
i estaba diciendo yo:
para que busca quien cansa?
Mar – Señor, mira que es locura
enamorar con tus quejas
los mármoles de unas rejas.
Juan – Ai peregrina hermosura!
que noche te vi turbada
salir, viéndome volver:
dejate D. Juan querer,
pues que no te cuesta nada:
i cuenta, que no es hazaña
pagar amor con olvido:
que el que piensa que es querido,
el ser querido le engaña.

Mira entre desdichas tantas
i que llegaron mis enojos:
pues vengo á poner los ojos
donde tú pones las plantas.
Vino tu antiguo amador
de Milan para vengarte
i ser de mis penas Marte
i ser guerra de mi amor.
Con esto vengada estás,
pues que ya en brazos ajenos,
ni puedo tenerme en menos,
ni puedo estimarte en mas.
Cel- Que música en los oidos
tan dulce pudiera ser
como haberme visto ayer
perder por ti los sentidos,
i hoi verte llorar por mí?
Juan- No quiero, Celia, piedad:
yo esforzaré tu crueldad
con dejarme los muerte aquí.
Pues he visto la mudanza
que ha hecho tu pecho ingrato,
en el tiempo ni en el trato
nadie tenga confianza.
Confieso, ¡ai penas tiranas!
que se me pasan iguales
las noches en tus umbrales,
los dias en tus ventanas.
I no llamo en esta calma,
no digas de mi amor cierta:
en vano llama á la puerta
quien no ha llamado en el alma.
Cel- Quiérome quitar de aquí:
Ai cielos! que puede ser
que me venga á enternecer,
i que se burle de mí.
Pues no me pienso engañar
con la disculpa, aunque es mucha:
que quien lástimas escucha,
cerca está de perdonar: (Vase)
Mar- Señor, si estas de tal suerte,
llamaré mil veces. Juan- No:
que no quiero darme yo
tanta ocasion á mi muerte.
Lo que podemos hacer
es ir á pedirle á Clara
si Celia acaso repara
en que ha de ser mi mujer,
o que la hable i le prometa
la palabra de mi parte.
Mar- Pues yo puedo asegurarte,
si ella la palabra aceta,
que tú te desenamores:
porque no se puede hallar
remedio como es casar
para templar los amores.
Los que mas ves desear
aquel tan breve placer,
los verás amanecer
con deseos de enviudar.
Juan- Pluguiera á Dios que me viera
en esos pareceres, Martin,
que no hai en el mundo fin
donde el amor persevera.
Ai esperanzas burladas
del engaño i del favor!
Ai verdades, que en amor
siempre fuisteis desdichadas!

Vanse: salen Clara, García, Alberto.

Clar- Esto Celia respondió
determinada á casarse.
Gar- Pudiera Celia emplearse
con otro mejor que yo,
pero no en quien mas la quiera
i la desea servir.
Clar- Bien te puedes persuadir
de que por dueño te espera:
pues esta noche me advierte
de que hareis las escrituras.
Gar- Clara, el bien que me aseguras
ya me enloquece, de suerte
que sale del corazon
á los ojos mi alegría...
Enfin, Clara, Celia es mia?
Clar- Hoi tendrán satisfaccion
tus sospechas de que han sido
quien siempre Celia ha estimado.
Gar — Perdon pido á mi cuidado
de las dudas que he tenido:
que donde hai competidor,
tambien andan en competencia,
i mas si hai celos i ausencia,
el miedo con el amor.
La que yo hice á Milan,
por allá pensar me hacia,
si aquellas noches venia
algun dichoso galan
á la calle ó á tener
conversacion en la casa.
Al — Cuanto á los amantes pasa
D. García, no ha de ser
repetido en la ocasion
de llegar á casamiento:
porque estorvará el contento
perder la satisfaccion.
Amor es pleito entre dos
cuando tiene competencia.
Agradeced la sentencia,
pues ha salido por vos:
i vamos á prevenir
lo que fuere menester.
S. Juan con Mar- Dilijencias se han de hacer
hasta llegar á morir.
Mar — Nunca yo fuí de opinion
que cuando llega á venganza
una mujer por mudanza,
se le dé mas ocasion.
Al — Este es D. Juan el galan,
que en casa de Celia vi.
Gar — Que quiere D. Juan aquí?
Clar — Seguro estás de D. Juan:
que si á ver á Celia entró
alguna vez, yo seria
la causa. Gar- Que la servia,
Clara, imajinaba yo:
pero ya desengañado
de pensarlo estoi corrido.
Mar — Este es el recien venido,
no sé si tambien amado.
Juan — Todo lo debe de ser:
pues desde que vino aquí,
se burla Celia de mí.
Gar — Claro está que has de querer
hablarle i doite lugar.
Clar — Vete con Dios, i está cierto
de que esta noche el concierto
se ha de escribir i firmar. (Van. G. i A)
Juan — Bravo talle! Mar- A los celosos
cualquiera competidor
parece siempre mayor.
Juan — Son los ojos temerosos
de la misma condicion
de la envidia. Clar- Que cuidado
me has dado en haber llegado,
D. Juan, en esta ocasion!
Juan — Porqué, Clara? Clar- D. García,
que es el que de aquí se va,
casado con Celia está.
Juan — Casado! Clar- Hoy en este dia
se han de hacer las escrituras,
claro está que está casado.
Juan — Mientras en duda han estado,
o Clara, mis desventuras,
estaba loco de amor:
pero llegando á ser ciertas,
abro al corazon las puertas,
vengarse en memoria amor.
Mal determinado andaba
para llegar á ausentarme:
que á un hombre que fue querido
llega el desengaño tarde.
Pues ya no hai remedio, ni
esperanza en que me engañe,
yo me ausento de sus ojos:
Celia, en mi ausencia se case.
Culpa tuve de perderla
no tengo de quien quejarme:
esta es honrada ocasion,
mañana me parto á Cadiz:

diceanme que à socorrerla
el almirante se parte
i otros muchos caballeros:
seguir quiero al almirante;
que en esta accion i en tal hora
ha sido cosa notable
que de toda España el rei
conozca las voluntades.
Quedate, Clara, con Dios,
i da à Celia de mi parte
el parabien de mi muerte,
de casarse i de vengarse. (Vase)
Clar- Lastima me ha dado. Mar- Es justo
que te enternezca. Clar- Martin,
con ausentarse da fin
à amor con tanto disgusto.
Ya se casa D. Garcia:
ya no hai que cansarse mas.
S. Cel. con Ym- Que descuidada estaras
de aquesta visita mia!
Clar- Ho visto al entrar un hombre,
que es dueño de que esta aqui.
Cel- Tapeme, cuando le vi.
Mar- Si aborreces hasta el nombre,
que mucho que no le dieses
ese disgusto à tus ojos!
Cel- Ai Martin! si los enojos
de mis pensamientos vieses,
juzgaras que ya ofendida
quise matarme vengada.
Mar- Ya creo que estas casada
en que estas arrepentida.
Cel- No ha tanto que me casé,
pues aun esta por firmar,
que el gusto lo puede estar.
Siento que un hombre sin fe,
à quien yo he querido tanto
me haya obligado à perderle:
pues sin dejar de quererle
de lo que intento me espanto.
Por vengar tantos agravios,
hago tan gran ceguedad:
que si te digo verdad
voi con el alma en los labios.
Yo le vi salir de aqui,
i la sangre se me fué
al corazon, que pensé
que ya no la hallara allí.
Piensas tu que no le oi
decir las noches pasadas
à mis ventanas, bañadas
de mi llanto i desdenes:
ai verdades, que en amor
siempre fuisteis desdichadas!
Todo lo vi i escuché:
pero ya la suerte mia
me ha entregado à D. Garcia:
di la palabra, que haré?
Si llama entonces, yo sé
que amor llevara la palma
sin responder puesta en calma;
la venganza entonces cierta,
para que llama à la puerta
quien no ha llamado en el alma?
Fuese sin llamar, i asi
determinada quedé
de casarme, i lo juré
para vengarme de mi.
Rompierala, puesta allí,
que asi amor la fuera amansa,
cuando celos descansa,
ya que à buscarme llegó:
que no le dijera yo:
para que busca quien cansa?
Mar- No sé que pueda decir,
Celia, en esta confusion:
ya te casas: no es razon
tu casamiento impedir.
A Cadiz se va D. Juan
con el honor i valor
de Enriquez, porque con él
muchos caballeros van.
Echame tu bendicion
con esas flores de azahar:
que para ver jugar
voi à alquilar un balcon.
que aunque con honrados brios,
mas voi en estas tormentas
à dejar dinero en ventas,
que à echar à fondo navios.
Cel —Dios te dé, Martin, felices
sucesos, pues à mi no.
Mar —Obispote vea yo
que con tal mano bendices. (Vase)
Clar —Necia has estado. Cel- Yo. Cl- Si,
en declarar lo que sientes:
ya que te casas, no intentes
que este se vengue de ti.
Cel —No puedo mas: toma el manto,
ven à la calle Mayor:
que nunca pensé que amor
quisiera vengarse tanto.
Sacaré de aqui à la noche
cosas que son menester.
Clar —Mucho fué no conocer
D. Juan al salir el coche:
i si es que te ha conocido,
i te ha de seguir i hablar,
ocasion, que puede dar
sospechas à tu marido.
Cel —Ojala: pero no creo
que estando determinado,
le dé mi boda cuidado,
ni mi privacion deseo.
Yo me tengo de casar,
porque me ha venido à creer,
que si le vuelvo à querer,
me ha de volver à olvidar.

vanse: salen D. Juan i Martin.

Mar- Que buen modo de partir
despues que fostes concertar!
D. Juan- Tu me has echado à perder,
con darme, Martin, dos nuevas:
una, que ya los ingleses
llevaron en la cabeza:
que solo un Giron de España
los hizo volver sin ella;
que se arrojaron al mar
cobardes, dejando en tierra
vidas, honras, municiones,
codicia, engaños i soberbia;
i otra, que lloran por mi
los bellos ojos de Celia,
mal agüero en mi partida
el ver llorar las estrellas:
i asi vengo à ver su calle,
para consolar mis penas
i por vengarme de ver
que enamorado me deja?
Mar- No pienso que estan en casa.
D. Juan- Si en otra parte conciertan
este necio casamiento?
Llega, Martin, à la puerta.
Mar- Sale mui gentil olor;
que es señal que en casa cenan,
i que puede consolarte:
llegate mas cerca, llega,
que si en tus sienas i pulsos
se fomentando hai flaqueza
algun agua que conforte
i algun licor que dé fuerzas,
por Dios que por las narices
envié lo que quisiere entrar
desde la cocina al pecho,
que hasta el anima consuela.
Juan- Advierte, que viene jente.
Mar- Si es justicia? Juan- No hai linterna.
Mar- Bien dices: que suele ser
de estos tres magos estrella,
Corchete, alguacil i pluma.
S. G. con Al- Al- Bueno fuera haber traido
un hacha. Gar- La casa es esta.
Juan- Que va? Gar- D. Garcia Fajardo.
Mar- Este es el dueño de Celia.
Gar- Y quien es quien lo pregunta.
Juan- La justicia. Gar- Que lo sea
por muchos años: entrad (Van. S. i h)

Juan - Ya mi desdicha se acerca;
entraron? Mar - No, sino el alba:
vamonos de aquí, qué esperas?
Juan - Fajardo dijo? Mar - Mayor
los tiene acaso en su tienda
la calle del arenal.
Juan - Todo me abrasa i me yela:
irme quisiera i no puedo.
Mar - Pues es necedad, es tema;
si ya Celia está casada.
Juan - No puede ser que suceda
alguna cosa entretanto?
Mar - O qué esperanza tan necia!
Juan - Si acompaña á un sentenciado
hasta la misma escalera,
es mucho que me acompañe
hasta que se case Celia?
Mar - Un hombre viene. (S. Laur.) J - Quién va?
Laur - Presumo que ya me esperan.
Juan - Quién va? Laur - El escribano soi.
Juan - Pues vuesamerced se vuelva,
que me va en esto la vida,
i pagaré esta cadena.
Laur - Bien entiendo que os importa:
pero si á otro llaman? Juan - Venga:
que otra tengo que le dar.
Laur - Somos tantos, que la arena
de la mar no sea bastante,
si se volviere cadenas.
Juan - Con irse vuesamerced,
bien puede ser que no sea
la escritura aquesta noche.
Laur - Yo me voi. Mar - Qué diligencias
tan locas! Juan - No puedo mas.
Mar - Mas jente viene: qué intentas?
S. Dos musicos - 1º - Qué guitarra habeis traido?
2º - La señora portuguesa.
1º - Buenas voces. 2º - Estremadas.
1º - Pienso que la casa es esta.
Juan - Musicos? Mar - Pues no lo ves?
Juan - Vive Dios, que no consienta
que canten cuando yo lloro.
Sacude. Mar - Sacude. Juan - Mueran.
1º - Ai, que me han muerto! Juan - Eso si,
vayan á cantar endechas.
Mar - O á lo menos, el romance
de á malas lanzadas mueras.

Sal. Garcia, Alb. Celia. Clar. Ines.

1º - Aquí están. Gar - Pues caballeros,
así es justo que se atrevan
á criados de esta casa?
Juan - Hasta agora no hai en ella
quien eso pueda decir,
pues solo su dueño es Celia.
Gar - Como que no? yo lo soi.
Juan - Estais casado con ella?
Gar - Vengo á hacer las escrituras.
Juan - Pues cuando estuvieran hechas,
cuantas veces no se cumplen?
Gar - Lo que los nobles conciertan
i aun sin la firma se cumple.
Juan - En cosas de esta manera
algunas causas impiden
la ejecucion que desean.
Gar - Sois impedimento vos?
Juan - Cuando la espada pudiera
responder, seguro estoi
que hablara por mi defensa:
pero yo tengo de hablar
aquí aparte á Vm i á Celia.
Gar - Si ella quiere, aquí estoi yo:
no hai cosa que mas me venza
que una honrada cortesia.
Juan - Es propio de la nobleza;
si un hombre que se casara
con una dama, supiera
que habia querido á un hombre
un año con tal firmeza,
que siendo los dias de él
trecientos sobre sesenta
i cinco, tantos papeles
puede mostrar de su letra;
i que con calor el alba
trocaba perlas con ella,
porque llorando los dos
eran mejores sus perlas;
que se espantaba la noche
de ver el sol á sus puertas,
que él de sus ojos gustaba
de estar mirando por ellas:
i si hubiese merecido
cuanto de una dama honesta
puede conceder amor
en esteriores licencias,
seria bien que calara
por venganza, aunque discreta
se casase á su disgusto;
i el que viniese á querella
sobre tanta voluntad
viniese á hacer esperiencia
de los temores que pasa
quien lo que he dicho sospecha?
Vos sois juez: sentenciad
la causa, si acaso es vuestra.
Gar - Pues quién es el hombre? Juan - Yo.
Gar - Y quién es la dama? Juan - Celia.
Gar - Es aquesto verdad? Cel - Si:
no quiera Dios que yo mienta.
Gar - Ni que yo, Celia, me case,
con quien verdades confiesa.
Cel - Ai verdades, que en amor
por los desprecios se niegan.
Juan - No desprecios, Celia mia:
siempre adoré tu belleza.
Gar - Buen marido fuera yo,
si á mis ojos las requiebran.
Caballeros, yo he sabido
en este punto que es deuda
mia, de que nunca tuve
imaginacion ni nuevas,
la señora Celia; i quiero,
ya que por serlo no pueda
casarme, que no se emplee
menos tan rara belleza,
que con el señor D. Juan
de la Guerra i de la Vega.
Esto suplico á los dos,
i que yo padrino sea.
Venga un si doblado. Los 2 - Si.
Mar - Ya que de cuenta precisa,
merezca Martin á Ines.
Gar - Pues de la misma manera
digan el si juntos. Los dos - Si.
Mar - Que es como requiem aeternam.
Juan - De las verdades de amor
aquí acaba la comedia.
Cel - I el deseo de serviros
adonde acaba comienza.

Dialogo: por Nicolas Gonzalez Martinez

Cintia, Doris.

Cint - Montes, selvas, riscos, prados
pues sois á mis sentimientos
mudos testigos piadosos,
decidme, si es que merezco
compasion, qué mal es este
que agitado el pensamiento
me trae á las soledades
de los poblados huyendo,
por si en vuestra compañia
lograr pudiera el sosiego?
Sin duda que por los ojos
se introdujo algun incendio
tan voraz, que inquieta el alma
con la estrañeza del fuego,
siente un dolor vehemente
de contrariedades lleno,
que dulcemente tirano,
ya es voraz llama, ya es yelo,
ya tristeza ya alegria,
tal vez susto, tal sosiego:

resultando de tan varias
confusiones à mi pecho
llanto i placer, susto i gozo,
pues interpolarse siento
un contento que es pesar
i un placer que es desconsuelo?
Selvas, decid — *Sale Dor* — Cintia hermosa,
tu retirada en lo denso
del bosque? tu penetrativa
con el semblante severo,
como que de lo festivo
se retira? pues que es esto?
tu suspirando? que tienes?
Cin — Ai Doris: no sé que tengo:
siento un afan, que no sé
decirlo, i le padeciendo.
Dor — Tu, que hasta esta edad burlaste
del Dios vendado los fuegos,
sin que sus flechas, tiranas
se estrenaran en tu jenio,
aora empiezas à sentir
sus harpones? pues infiero
que si no es eso tu mal,
no parece que está lejos
la causa de él. Cin — No sé, Doris:
yo solo sé que me muero
de una dolencia que ignoro.
Dor — Pues por eso mismo creo
que es tu afan el que discurro
sin llegar tu à comprehenderlo:
porque como has ignorado
sus astutos finjimientos,
puede ser que por huirlos
te haya introducido en ellos.
Cin — No te dà indicios mi llanto
del mal? Dor — No: porque aunque es cierto
que dice el llanto que hai pena,
no la especie del tormento
que la suscita; ademas
que no es signo verdadero
de que es tormento mui grave,
aquel que remite el pecho
liquidado por los ojos
por tranquilizar su imperio.
Cin — Para que por el examen
que haga tu conocimiento
infieras mi mal, pregunta
tu à mis dudas. Dor — Como puedo,
si yo de tu mal ignoro
los principios i los medios?
Cin — Enfermo tal vez no has visto,
que teniendole suspenso
su dolencia, sin poder
explicarla mudo i ciego,
al verle el medico sabio
el rostro i pulso inquiriendo
conoce la enfermedad
para acudir al remedio?
Pues lo mismo me sucede:
mi corazon està enfermo
sin poder decir sus males:
tu ya practica en efecto
en la constitucion rara
de mi humor i de mi jenio,
podràs ó por tu experiencia
ó mi pulso conocerlo:
porque quien ignora el daño,
no sabrá expresar su riesgo.
Dor — Que sientes tu? Cin — Una inquietud,
que aunque agita con despego
mi corazon, no procura
que se apague tanto incendio,
un fastidio à lo que no es
estar sola: porque tengo
algun alivio entregado
à mi mismo pensamiento:
i en fin, un dolor tan grato,
que gustosa le padezco.
Dor — Que habias antes visto? C. Silvambre.
Dor. Le hablaste? Cin — Fuera grosero,
porque él à mi cortesmente
llegó à saludar primero.
Cin — Que te parece? D. No he visto
en mi vida mas discreto,
mas galan, ni mas bizarro
otro jamas. Dor — Ya entendiendo
voi el mal que te combate:
mas él, cuando llegó atento
à hablarte, que es lo que dijo?
Cin — Solo expresar rendimientos
urbanamente corteses,
pero que admitió mi pecho
con cariño mui gustosa
de escucharle. Dor — Y en efecto,
cuando dél estás distante
que sientes? Cin — Quisiera verle,
i de no lograrlo aliento
cobardemente suspenso
el corazon, como quien
lo que apetece echa menos,
i cuando vuelvo à mirarle,
calma aquel desasosiego.
Doris — Ojos, que al no mirar lloran,
i de ver se alegran, temo
que es amor lo que motiva
tan encontrados afectos.
Cin — Y que es amor? Dor — Haber visto
un hombre, cuyos obsequios
te agradaron: estar tu
bien hallada aquel momento
que le ves, sentir con ansia
que se ausente, y aunque lejos
le mire, de la memoria
auxiliares los deseos,
para que la voluntad
procure no echarle menos.
Cin — Sin duda es amor, porque
no hai respuestas à tu argumento:
mas eso era antes de aora;
que ya, si tal vez le veo,
me asusta, me da fastidio,
i todo lo que otro tiempo
era placer verle, es ya
un casi aborrecimiento.
Dor — Estraña es tu pasion, Cintia:
mas por si el motivo encuentro
dime: despues de quererle,
que viste en él, que tal ceño
pudo merecerte?
Cin — Ai Doris!
Junto à la fuente del fresno,
pasados algunos dias
de nuestro primer encuentro,
le vi con Lisida à solas,
de ser vistos tan sin riesgo,
que ella le dijo: ¿à que fin

me disipes tu afecto,
Fabio traidor, cuando es Cintia
tu querida? El respondiendo
profirió: donde estes tu,
nunca mereció mi aprecio
Cintia: porque eternamente
Lisida será mi empleo.
Doris - Y desde esa misma tarde
le aborreces?
Cin - Y no tengo
razon, cuando un infiel burla
la sencillez de mi pecho,
espresando que à otra quiere,
i no à mi? Fuera bien hecho
dar à un tirano las gracias
de que cruel verdugo siendo
de una lealtad inocente
la ponga el cuchillo al cuello?
Dor - Tu dices bien: mas tu mal
es peligroso, es molesto
i es incurable, si tu,
Cintia, no pones los medios.
Cin - Doris, tan grave es mi mal?
Doris - Tan grave es!
Cin - mas cual es?
Doris - Celos.
Cin - Celos? pues celos que son?
Doris - Un fatal desabrimiento
del alma, un susto perenne,
un temor tan indiscreto,
que en el corazon habita
sin dejar el pensamiento;
una sospecha, una duda,
un total desasosiego
del espíritu, una sombra
à quien procura dar cuerpo
la aprension, una inquietud,
una lid de entendimiento
continua, un frenesí, un caos
de confusion i un infierno,
que por mas que solicita
tranquilizarse el deseo,
aunque procure el descanso,
solo encuentra con el riesgo.
Cin - Dices bien: con ansias tales
me abrasa un interior fuego,
que quiero apagarle, i crecen
mis suspiros el incendio.
Cin - Si el fuego faltara al mundo,
volver pudiera à encenderlo
el corazon de un celoso,
en cuyos concavos senos
suelen mudar las pasiones
de mui contrarios estremos:
mas por ser siempre uno mismo,
para ver mudar de objeto.
Cin - Ai Doris amada! tu
mi dolencia has descubierto!
Esa es mi dolor, mi afan,
mi pena, mi desconsuelo,
del que no podré librarme,
sino media tu consejo:
i pues el mal conociste,
que me des alivio espero.
Doris - La medicina primera
es el olvido, i sin esto,
no curaras.
Cin - Donde, Doris,
podrá hallarse à ningun precio
el olvido, i mas si lleva
el doliente sus afectos
consigo?
Doris - Posible es, Cintia,
que le encuentres en el centro
de tu misma voluntad:
pues si ella quiere emprenderlo,
no es mui dificil hallarle.
Cin - Y dime, en tales empeños
de amor son todos los hombres
como Fabio?
Doris - En un complejo
tan copioso como gira
por todo el mundo universo,
observo, que en los semblantes
jamas tienen parentesco
unos con otros en cuanto
sus simetrias, no siendo
unas à otras parecidas:
pues así tienen los jenios,

separandose unos de otros
lo que hai de la tierra al cielo.
Hai tan afables algunos,
tan dulces, tan alagueños,
tan rendidos, que declina
su metodo à zalamero,
porque se ofrecen à todos
sin reparo: mas son estos
los mas aleves, los mas
sagaces, los mas soberbios.
Sus maximas son astucia
no mas: toda es finjimiento
su espresion, toda mentira:
porque en mirando otro objeto
que à ellos les parezca ser
mas advertido ò mas bello,
sin el mas leve reparo
se bañan en el Leteo
i preocupa el olvido
à todo su entendimiento.
Los de ceñudo semblante,
como, di, pueden ser buenos,
si en la fachada rotulan
el mal aposentamiento
del interior? Los que muestran
rostro festivo i sereno,
enamorando con risas
i con brillantes obsequios,
afectando erudiciones
entre humildes rendimientos,
has de advertir, que con todos
cuantos ven practican esto,
i espresiones generales
jamas merecen aprecio:
fuera de que gratitudes
de semblante, considero

que es el oro, que disfraza
la pildora; i es mui cierto,
que la nausea i la amargura,
que suele conservar dentro,
para pruebla, basta el ver
que ha de percibirse presto.
En los mas que has de hallar juega
una multitud de excesos
intolerables: pues son
por lo comun todos ellos,
à la reserva de algunos,
que hai cortesanos, atentos,
festivos i humildes, bien
que mui raros i los menos,
un laberinto de engaños
i cautelas; un compuesto
de astucias, un corazon
tan oscuro, que en su centro
hasta ellos mismos se ocultan,
para que no averiguemos
sus traiciones, sus malicias,
delirios i devaneos.

Cin – Si asi son, desde este instante,
Doris mia, abandonemos
unos traidores que engañan
la sencillez de un afecto.
Fuego de Dios en los hombres!

Dor – Ya empieza el medicamento
à obrar.

Cin – Mueran los que ofenden
de la mujer privilejios.

Dor – Mueran i vamonos.

Cin – Si,
contra los falsos diciendo,
que son para rendir debiles pechos
astutos, alevosos, viles, fieros.